

atraerá los monarcas á ofreceros sus cetros, sus coronas y sus imperios, á pedir os consejo para gobernar sus estados, á implorar vuestro auxilio para sus ejércitos, y á depositar á vuestros pies los laureles de sus victorias, porque sois la augusta y digna Madre de un Dios.

Continuemos, empero, nuestro panegírico. Sabido es que en cumplimiento de los divinos designios, María fué á visitar á su prima Isabel. Todavía no la había dirigido una sola palabra, cuando ya se oye saludar en estos términos: «¿De dónde á mí tanto bien, y dicha tanta, que la Madre de mi Señor se digne venir á mí?» Entónces la pudorosa Virgen, no pudiendo contener los sentimientos de gratitud de que está henchido su corazón, exclama: «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se llena de júbilo en el Dios mi Salvador: *Magnificat anima mea Dominum, et exultavit Spiritus meus in Deo salutari meo*; porque se dignó poner sus ojos en la humildad de su sierva, por lo cual todas las generaciones me aclamarán bienaventurada: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ, etc.*; luego añade: «Así es como Dios abate á los poderosos, y ensalza á los humildes:» *Deposuit potentes de sede, et exultavit humiles*; y concluye celebrando el cumplimiento de las promesas hechas á Abraham y su descendencia: *Sicut locutus est ad patres nostros, etc.*

¡Oh! ¡Cómo me complazco, H. M., en repetir ese cántico de María, ese sublime *Magnificat* de la augusta Virgen que no debían cesar de entonar siempre y donde quiera nuestros labios! Empero, dudo mucho que hayáis comprendido suficientemente, ni menos sentido la elevada, profunda y luminosa filosofía que ese cántico encierra. ¿No veis enunciada en él la más palpable antítesis entre Dios y el mundo, una oposición que Tertuliano denominó una *santa envidia*, puesto que lo que Dios aprueba, el mundo lo condena? Y de hecho: ¿qué es lo que el mundo alaba? En su concepto nada importan los medios, sean los que fueren, toda vez que se consiga el fin: el hombre que llega á él, por reprobado que sea el camino, es canonizado como probo, honrado y virtuoso. ¿Qué es, por el contrario, lo que Dios aprueba? Los medios, prescindiendo de los fines. Siempre seréis grandes á sus ojos, lleguéis ó no á la consecución del objeto, con tal que os hayáis mantenido en la línea del deber. En una palabra, para el mundo no hay otra felicidad que la tierra; delante de Dios no existe verdadera bienandanza sinó en el Cielo, que es el término de nuestra peregrinación. Ved si puede estar más ostensible la oposición que reina entre Dios y el mundo. Por demás es que los mundanos, al ver medrar en sus empresas á algunos hombres, al parecer felices, digan erróneamente: hé aquí la bienandanza. No discurren así los hijos de la Iglesia. Saben muy bien que si Dios deja gozar en la tierra á los impíos de cierta vislumbre de felicidad y de reposo, llegará un día en que su mano poderosa echará por tierra todas las grandezas que no estén arraigadas en la creencia en su palabra, y en la práctica de sus mandatos: *Deposuit potentes de sede*; hará descender de su carro de triunfo do les elevaran

sus prósperos sucesos á todos esos grandes personajes que el mundo cree en el colmo de la dicha, mientras esas existencias ignoradas, perdidas en medio de la sociedad, pero que aman á Dios y practican su ley, se verán glorificadas en su respectiva esfera. *Et exultavit humiles.*

¡Oh victoria del Omnipotente! ¡Cuánta será la paz, cuán grande el consuelo de las almas fieles cuando todas estas cosas se hayan cumplido! Cantad desde ahora, cantad la ruina del error, la ignominia de la iniquidad, la destrucción de todo lo malo. Vendrá, H. M., no lo dudéis, vendrá ese día en que Dios recompensará á cada cual según sus obras; y por lo tanto no ceséis de trabajar anticipadamente para merecer la augusta corona ofrecida por el eterno Remunerador. Pero volvamos á reanudar el hilo de nuestro discurso.

María había vuelto de la visita que hiciera á su prima Isabel. José, apercibido del estado de su esposa, resuelve separarse de ella, en vez de acusarla. Pero en estos momentos de vacilación, un Angel viene á revelar le la gran misión que le estaba reservada y la conducta que debía observar. Vosotros no ignoráis, M. A. O., que la Providencia divina todo lo ordena al cumplimiento de sus inescrutables designios, y que para su realización se sirve de los acontecimientos mas extraordinarios. Pues bien, en el caso presente, tratábase de realizar la profecía relativa á Bethleem. Como no se encontraban allí María y José, plugo á Dios que los emperadores romanos ordenasen un empadronamiento general, para cuyo efecto cada cual debía pasar á inscribirse en el lugar de su nacimiento; y ved la causa por que los dos santos Esposos hubieron de marchar á Bethleem. Allí fué donde, á consecuencia de su pobreza, se vieron forzados á hospedarse en un establo. ¡Que sitio, qué habitación para Aquél que en la tierra no reconocía otro más grande! Allí fué donde, á la mitad de la noche más luminosa que vieran los siglos, dió á luz María sin dolor y sin esfuerzos al Hijo adorable del Altísimo.

Adórale prosternada como á su Dios; abrázale afectuosa como á su Hijo; sufre al ver su desnudez; empero, ¡cuál no es su gozo al oír la voz de los Cielos que hace resonar esta aclamación sublime: «Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!» ¡Cuánto no se acrece su alegría al contemplar los reyes que llegan á ofrecer sus homenajes al recién nacido Infante, después de haber sido precedidos por los pastores!

María, pues, hállese en el colmo de la gloria, sublimada á la dignidad de Madre de Dios, á quien tiene en sus brazos, poseyéndole como el más precioso tesoro. Y sin embargo, H. M., no por eso deja de continuar ejerciendo su profunda humildad, mezclándose, á los cuarenta días de su dichoso parto, con las demás mujeres que van á purificarse en el Templo. Entónces fué cuando el anciano Simeón, tomando en sus brazos el Niño, exclama: «Ahora, Señor, ya podéis disponer de vuestro siervo, puesto que mis ojos han logrado ver á aquél que preparasteis para redimir á Israel y ser la gloria de las naciones.» ¡Oh! Abracemos nosotros también á Jesucristo; abracémosle con el es-



píritu, creyendo en El; con el corazón, practicando su ley santa; con la voluntad, sometiéndola en un todo á la suya.

Abracemos á Jesús nuestro divino Mediador. Y ¡ay de aquél que llegase á morir sin tenerle entre sus brazos! Ciertamente no podrá, como Simeón, despedirse en términos tan magníficos, ni esperar el eterno reposo de los justos: *Nunc dimittis servum tuum in pace.*

Por el contrario, cuando el hombre está abrazado con Jesucristo, y unido íntimamente á El, no hay por qué temer la muerte. Y ¿qué causa habría para temerla? ¡Oh muerte! puede decir el justo: en vano intentas aterrorizarme por más que vengas con el aparato mas amenazador; te conozco bien, sé quién eres, no eres otra cosa que el mensajero de mi libertad, pues que vas á romper los lazos de mi cuerpo que me detienen en esta región de llanto: ¿qué piensas hacer contra mí, cuando tiempo há que he procurado no encadenar mi alma á este estrecho recinto de mis sentidos? Hiere, pues, oh muerte; consume mi obra, y mientras tú hieres, puesto que estoy con Jesucristo, yo entonaré el cántico de mi libertad: *Nunc dimittis servum tuum, Domine... in pace.*

No es común, antes bien es raro encontrar entre los mismos cristianos esa energía, esa resolución contra la muerte cuando ella se prepara á dar el golpe. ¿Y por qué? ¿Acaso no es ella el término de nuestras penalidades, y el principio de nuestro gozo? Os es amarga por cuanto dejáis en el mundo padres, hermanos, parientes, vuestras más caras afecciones, es cierto: empero también es verdad que no hacéis más que precederlos, para ser en el Cielo los protectores de su existencia, á fin de que sus días se deslicen santamente, y al llegarles el momento de su muerte, puedan mirarle como el momento de su gozo y de su gloria, cantando con el anciano Simeón: *Nunc dimittis, etc.* Pluguiera al Cielo, H. M., que yo pudiese daros á todos esta bella lección al borde del sepulcro, para que, mirándole impasibles, exclamaseis: ¡Oh muerte! ¿Crees por ventura que yo miro esa tumba como una prisión? ¡Te engañas: es un palacio de luz, es el Thabor de la transfiguración! *Nunc dimittis, etc.* Mas para hacerlo así, preciso es, repito, tener á Jesús entre los brazos; de este modo podremos entonar el himno de nuestra libertad, y abandonar con calma á los que más amamos, seguros de volver á reunirnos con ellos en la mansión de la eternidad.

¿Dónde está empero María? ¡Ah! Contempladla, A. H., frente á frente del anciano Sacerdote, y escuchando de sus labios un terrible vaticinio. «Vos, mujer, la dice, veréis traspasado vuestro corazón con una espada de dolor.» Pocos días hace que María es Madre de Dios, y ved ya lo que se la comunica: ¡Una espada de dolor! Y en efecto, la realización del vaticinio no se hace esperar. Bien presto, por evitar la persecución de un bárbaro tirano, se ve obligada á huir á Egipto; si regresa de aquella tierra extranjera, tampoco puede volver á su país, por temor de que el hijo de Herodes no se irrite con su presencia; ora la vemos buscando entre los doctores á Jesús, de edad de doce

años, creyéndole perdido; ora la encontramos en las bodas de Caná, donde Jesús hizo su primer milagro dándose á conocer á sus apóstoles. Y á propósito de esto último, cúpleme daros á entender la intercesión poderosa de María, que reclamamos todos los días. Había faltado el vino .. «Hijo mío, dice la Virgen, no tienen vino.—¿Y qué nos atañe ésto á tí ni á mí? contestó Jesús.—Lenguaje severo, en verdad, H. M.; pero que encerraba un gran misterio, puesto que se propuso llamar hacia sí y su Santísima Madre la atención de los siglos venideros; pues fué como decir: «Mujer, siendo como sois la Madre del Hombre-Dios, todo está á vuestras órdenes.» Y en efecto, María, comprendiéndolo así, tórnase hacia el dispensero, y le dice: «Haced cuanto os diga...» Y en el momento el agua de las hidrias queda convertida en exquisito vino. Ved, pues, que en esta ocasión María no se humilla, sinó que manda; así que cuando San Ambrosio la llama una Omnipotencia suplicante, yo creo que hay en ésto exageración. Ella anuncia un hecho; presenta á su Hijo una necesidad: y por consiguiente no veo aquí una súplica, sinó la omnipotencia de la Madre de Dios, que desea, que quiere una cosa, y en virtud de ésto, el Hijo pone á disposición de ella todo cuanto posee.

Dejemos empero ésto, y contemplemos á María recorriendo todas las fases del más acerbo dolor. La iniquidad triunfa; el Cristo es apisionado, y condenado por un juez á quien la debilidad hace inicuo; y la Madre de aquel inocente acércase al Pretorio, donde su alma se siente traspasada por la espada que la vaticinara Simeón. Si el Salvador sube trabajosamente hasta la cima del Calvario, todo magullado por las caídas, y agotadas sus fuerzas con el peso de la Cruz, su Madre le sigue marchando en pos de sus huellas sangrientas. Llegada á la cresta de la montaña, oye el ruido de los martillos que taladran con enormes clavos las manos y los piés de su Unigénito. Elevado y pendiente de aquel leño infame, María le contempla todo desgarrado y cubierto de sangre, y escucha los ultrajes con que le insultan sus verdugos... ¡Qué espectáculo para una Madre como ella! Ved si su corazón pudo ser herido más dolorosamente! ¡Oh Padre Eterno! Enviad un Angel que aparte á María de la Cruz. ¡Oh Mujer, oh Virgen, oh Madre! No eras por cierto digna de sufrir tanto, si el sufrimiento no fuese el camino de la gloria... Aquí quisiera yo, M. A. O., poder consolar con mis palabras á todos cuantos padecen, acercándoles á la Cruz y diciéndoles: Contemplad á esa Virgen-Madre, y ved si jamás criatura alguna sufrió tanto como ella, á excepción de Jesucristo. Pues bien, tampoco ninguna otra fué tan glorificada, por cuanto su gloria está en proporción con sus sufrimientos. Animaos, pues, á conformaros con ese sagrado modelo que os ofrecen la Madre y el Hijo; y cuando sintiereis sobre vosotros el enorme peso del dolor ó de la angustia, fijad los ojos en el Calvario; contemplad allí una Madre que asiste á la muerte más ignominiosa del Hijo de sus entrañas; y á vista de este cuadro sentiréis reanimarse vuestra energía, y diréis como María en Nazareth al Angel: «Hágase en mí según tu palabra:



hé aquí la esclava del Señor. *Fiat mihi secundum verbum tuum.*» Justo es que lleve yo mi cruz, como Vos llevasteis la vuestra; no me quejaré, no murmuraré en adelante, por fuerte que sea el dolor que me oprima; y cuando parezca que voy á sucumbir bajo el peso de la contradicción, todos mis pensamientos se reconcentrarán en Jesús y María, exclamando resignado: «Hágase vuestra voluntad.»

Cierto que la Santísima Virgen tuvo motivo de regocijarse cuando, tres días después de aquella dolorosa escena, volvió á ver á su Hijo glorificado. Empero, ¡de cuán corta duración fué este gozo, y cuán presto se vió de nuevo separada de él en virtud de su Ascensión á los Cielos! Para profundizar este misterio, leed, A. M., las instrucciones del gran Bossuet en varios fragmentos de sus obras. «La Virgen, dice este sabio Obispo, vivió en la tierra en la más completa soledad.» En vano los fieles se esmeraban en rodearla con sus respetos; en vano su alma experimentaba el dulce placer de ver los triunfos que por do quiera reportaba el Evangelio... ¡Ah! En medio de todo esto faltábala su Hijo, y en tan triste soledad no cesaba de exclamar: «¿Por qué, oh Hijo mío, me dejaste la última en este suelo? ¿Habrá de durar largo tiempo mi destierro? Si mi sangre es necesaria, bien sabes que nada ansío tanto como verterla toda en servicio tuyo. ¡Oh! ¡Deja obrar á mi amor, y bien pronto me reuniré á ti!...» No es decir por esto, H. M., que María no estuviese completamente sumisa á Dios; pero, ¿qué cosa más natural para una madre que pedir su hijo? ¿Qué cosa más natural para un desterrado que aspirar á volver á su patria? Cuando sobran los medios de fortuna para gozar en la tierra de todos los placeres imaginables, no es extraño que los mundanos crean no haber cosa mejor que la vida presente... ¡Y sin embargo, no es sinó muy cierto que solamente en el Cielo con Jesucristo existe el verdadero bien!

A consecuencia de este amor siempre creciente, y que ya no pudo contenerse en el corazón de María, resultó lo que tanto había deseado; y sin necesidad de ningún esfuerzo, aquella alma abrasada en el divino fuego elevóse naturalmente hacia el Cielo, al modo que la llama se eleva por sí misma á su propia región. Entonces todos los coros celestes salen á su encuentro, y, rodeada de esta escolta angélica y apoyada suavemente en los brazos de su Hijo, penetra María en el reino eternal. «Figúraseme, dice Bossuet, oír en aquellos momentos á Ezequiel gritar: «Hé aquí aquella criatura que no debía pertenecer más que á solo Dios.» A Isaías: «Ved la que dió á luz al Verbo de Dios, y á quien David celebró con su lira como á la hija de los reyes...» Y en tanto María, teniendo suspensos de su voz á los celestiales espíritus, entona de nuevo aquel sublime *Magnificat*, que inició en la tierra el principio de su dicha y consume en el Cielo su magnificencia y su gloria. De este modo entró María en el Cielo y fué sublimada sobre todas las jerarquías angélicas, sentándose inmediatamente al lado de su Divino Hijo para comenzar, según San Bernardo, aquel eterno día cuya luz no tendrá jamás ocaso. Allí reina para

siempre, teniendo por diadema las estrellas, el sol por ropaje, y por pedestal de su trono las alabanzas de la tierra.

Hé aquí, M. A. O., lo que sabemos acerca de la vida de esa augusta criatura, cuya gloria hemos solemnizado en este día:

Adorada, gloriosa, triunfante, tomó posesión del reino de su Hijo para protegernos desde allí, como que estamos llamados á idénticos destinos. Si en la tierra no tenemos que cumplir las mismas obligaciones que la Santísima Virgen, cierto es que nos están designados nuestros respectivos deberes, y que, mediante su cumplimiento, podemos hacernos dignos de participar de su triunfo. Preciso nos es, pues, elevarnos sobre ese fondo de corrupción en que se halla sumergida nuestra naturaleza. Sacudamos nuestra debilidad; dirijamos nuestras ideas á la región de la paz y de la luz; renunciemos á nuestros desórdenes, y sea este día la señal de nuestra ascensión hacia el bien, que más tarde nos proporcionará la ascensión al Cielo. Pensad seriamente en esto, M. A. O., y durante esta semana repetid con frecuencia esta plegaria: «Oh Virgen María, Madre de Dios y nuestra, cuya Asunción solemnizamos, rogad por nosotros, por nuestros esposos, por nuestros hijos, por nuestros padres, por nuestros más caros objetos, á fin de que nuestro postrimer suspiro sea para todos nosotros el momento de una ascensión gloriosa. Y haced que después de estos días de destierro que nos restan pasar encadenados á este cuerpo terrestre, llegue el momento en que, mediante vuestra intercesión, libre nuestra alma de tan funestos lazos, siga la huella celeste trazada por vuestro Hijo y por Vos para posesionarse del reino eterno que nos tenéis preparado. Así sea.

BEGUERRY.